

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

6 de marzo de 2005.

Juan 9, 1-41.

1.- El sufrimiento redentor. Los hombres ensayamos interpretaciones diversas, a veces extrañas al acontecimiento que deseamos comprender. La ceguera de aquel hombre sugiere, en la mente de los discípulos del Señor, una causa originada en posibles pecados de él o de sus padres. No siempre es así. Ante la pregunta directa de sus acompañantes Jesús responde: “*Ni él ni sus padres han pecado... nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios*”.<sup>[1]</sup> ¡Qué misterio el de las relaciones de Dios con nosotros! ¡Qué misterio de iniquidad el nuestro cuando nos apartamos de Él! El sufrimiento humano tiene su origen en el pecado pero no siempre es consecuencia directa del pecado. Jesús, sin haberlo cometido, padece sus consecuencias, se hace cargo de la culpabilidad de quienes lo cometieron: todo el género humano. En Él, el sufrimiento causado por el pecado se transforma en saldo bien pagado y perdón ofrecido a todos los hombres. En su generosa ofrenda está la salud de la humanidad. Se requiere que cada uno la acepte en su corazón y la constituya en su inspiración de vida. Jesucristo avanza por nuestros caminos para hacerse encontradizo nuestro. En ese enfrentamiento saludable se abren todos los registros de la Verdad que anhelamos. El mismo Señor se constituye en la Verdad que necesitamos, y nos ofrece el estilo humano de vivirla, en medio de la sociedad que integramos. “Su” estilo de vida ejemplar es el que concreta el proyecto de Dios sobre el hombre constituyéndose en la realización del “Hijo” “muy amado” del Padre. Él es el único Camino que tiene acceso a esa realización.

2.- El Evangelio vivo. Cuando nos referimos a la fe suscitada por el Evangelio no hemos ocultado sus graves exigencias. Por ello, desde nuestra responsabilidad de “*heraldos del Evangelio*”, no podemos debilitarlas ante quienes deben jurar sobre su texto sagrado. No existen excusas para hacer del Evangelio una lamentable fosilización de la fe religiosa. Es palabra viva, hoy vigente, que responsabiliza a quienes le han prestado su fe y fueron confirmados en ella por el Bautismo. Pero, ¡qué lejos estamos de hacernos cargo de la fe que profesamos! No es mi intención juzgar a nadie, pero, no quiero eludir el deber de presentar al Evangelio con toda su verdad. Tiene sus riesgos en una sociedad que “*asesina a los profetas*” y esconde las pruebas de su criminalidad “*construyéndoles sepulcros*”.<sup>[2]</sup> La historia se repite. El mismo Jesús lo ha reiterado ante los escribas y fariseos de su tiempo. Existen formas menos sangrientas de “matar a los profetas”; me refiero a las campañas calumniosas orquestadas contra instituciones y personas que molestan ideológicamente, como la Iglesia Católica. También nos ha tocado en Corrientes, a causa de una fantasiosa y burda denuncia “oportunamente” aparecida y difundida, que afecta a dignos sacerdotes de mi Presbiterio. Espero confiadamente que la justicia pondrá las cosas en su lugar y a los responsables – inspiradores y ejecutores – frente al rigor saludable de la ley. También le debemos al pueblo la reparación de la fama de su gente honorable. Jesús se ha jugado constantemente por la verdad y la justicia ante una sociedad paralizada por el fariseísmo. Pido a Dios que esta amada sociedad correntina aleje de su seno ese gravísimo peligro.

3.- Renovado acontecimiento de gracia. Que esta Cuaresma, marcada por el lento martirio de un Papa santo, sea un “*acontecimiento de la gracia amorosa de Dios*”. Nos corresponde, como en la preparación y realización del Xº Congreso Eucarístico Nacional, poner lo nuestro para que se concrete como un renovado acontecimiento de gracia. Por ese sendero se producen cambios perdurables y auténticos. La fragilidad que manifiesta el comportamiento de los ciudadanos, los creyentes incluidos, nos

permite comprobar el grado de incapacidad insalvable que en él se alberga sin el auxilio de Dios. La predicación del Evangelio y la celebración de la Eucaristía introducen, en nuestra débil existencia, la posibilidad de restablecer el orden profundo y lograr la deseada paz social. Así lo ha decretado el Padre Dios y, al enviarnos a su Unigénito, hizo que su amoroso proyecto fuera una realidad. Como la libertad juega un papel insustituible en la Creación y en la Redención, se exigirá, en el ser libre, su ejercicio responsable. La gracia del Redentor la cura del pecado y la orienta a la fidelidad a Dios. La historia es testigo de la cruenta lucha por la fidelidad que libraron sus grandes protagonistas. Lamentablemente otros han desviado su referencia a Dios y produjeron una marcha regresiva al caos inicial. El mal tiene “mercado” suculento entre los ofrecimientos que exhiben las mega-ferias contemporáneas. Basta leer los encabezados de los grandes periódicos. El bien, que aunque silencioso existe, recibe una grave oposición por parte del mal, favorecido y activamente asistido por la frivolidad imperante.

4.- Es preciso insistir. El Evangelio se presenta como la “Buena Nueva”, compitiendo con el jolgorio ensordecedor de otras ofertas, dañadas por el virus de un bajo fondo descaradamente exhibido. El consejo práctico que Jesús dirige a sus seguidores se refiere a la paciencia y a la perseverancia. Es preciso insistir. Dejar de hacerlo es volver mudo al profeta y negar la savia de la verdad a los hombres que ya no pueden lograrla por su cuenta. La Iglesia, no como la observan sus enemigos de turno sino como Cristo cuida que sea, tiene la pesada responsabilidad de que el Evangelio resuene como Buena Nueva en los corazones y en los labios de sus santos: pastores y fieles. El Papa Juan Pablo II nos deja un magnífico testamento espiritual expresado en Encíclicas y Exhortaciones Pastorales. Insiste en la

[3] fuerza admirable del Evangelio: “*poder de Dios para la salvación de todos los que creen*”. Al mismo tiempo, acentúa la responsabilidad evangelizadora de toda la Iglesia. No confía en las campañas sino en el testimonio que fluye del corazón de los santos. Las innumerables beatificaciones y canonizaciones muestran al Papa extrayendo de la Iglesia el enorme tesoro de santidad y de Verdad que guarda en su seno. La vida santa es elocuente. Sabe expresar el Misterio de Dios en la diáfana simplicidad de la inocencia y de la humildad. Por ello la alienta y la pondera, la muestra públicamente “*para que el mundo crea*”.

5.- Reconocer y proclamar a Jesús. El testimonio del ciego de nacimiento es el del inocente – “*no ha pecado él ni sus padres*” – que experimenta la salud y sabe reconocer a quien lo ha curado: “*Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero sí al que lo honra y cumple su voluntad. Nunca se oyó decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si este hombre no viniera de Dios, no podría*

[4] *hacer nada*”. No obstante fue echado de la Sinagoga, una especie de excomuniación, por haber testificado que quién lo había curado, sin duda, “*venía de Dios*”. Reconocer a Jesús traerá aparejados muchos inconvenientes. Es reconocerlo en su Iglesia, en quienes tienen la responsabilidad de custodiar la Verdad y formularla para la “*obediencia de la fe*”, en los pobres y humildes, en quienes sufren marginación y están acorralados por la injusticia. Confesarlo presente incomodará a quienes tapan sus oídos al clamor del pueblo y cierran sus ojos ante la pobreza y el desamparo. Que la Cuaresma sea la oportunidad de confesar, con nuestro cambio interior, la mesianidad de Jesucristo.

---

[1] Juan 9, 3.

[2] Lucas 11, 47-48.

[3] Romanos 1, 16.

[4]

Juan 9 31-33.

---

[Volver](#)